

RECUERDOS DE UN VIAGE EN MEGICO.



Cascada de Regla.



LA CASCADA DE REGLA (1).

El sol comezaba á rayar en el horizonte y su naciente luz se dejaba entrever por la cima del Yolo, que domina el extremo oriental del hermoso valle de Tulancingo. A la parte opuesta se descubría poco á poco la soberbia montaña conocida con los nombres de *Cerro de las Navajas* ó *del Jacal*, á proporcion se iba disipando la espesa niebla que lo envuelve, en la ingrata estacion del invierno. El cuilacoché ensayaba su melodioso canto junto al nido en que aun dormían los pollos abrigados con las alas de su dulce compañera, mientras en la nudosa encina afilaba su corvo pico el carnívoro cuiji, rey de los halcones de aquella serranía. De repente se abrió la puerta de una cabaña, y se dejó ver un eclesiástico acompañado de su

(1) Autorizados á la insercion del presente artículo por su mismo autor, podemos anunciar á nuestros lectores que es el primero que forma parte de una série de apuntes inéditos de viajes que tendremos ocasion de insertar en lo sucesivo.

Diciembre 5 de 1852.

criado en traje de camino, á quienes de allí á corto rato les trajo dos caballos un muchacho del bosque, que habia cuidado de ellos durante la noche en un establo inmediato.

El eclesiástico rayaba ya en los cincuenta años. Su alta estatura, la tez encendida y lozana de su rostro, y sus maneras despejadas y gallardas, hubieran persuadido á alguno que era europeo: sin embargo, habia nacido en la hermosa villa de Orizaba. Su aire grave, aunque agradable, lo penetrante de sus miradas y sus cabellos bastante canos ya, descubrían una alma que se habia empleado en profundas meditaciones; y la atencion con que observaba la encantadora perspectiva que se desarrollaba á su vista á medida de que la niebla cedía terreno á la marcha del sol, así como la escrupulosidad con que registraba aun la mas pequeña florecita, de las muchas que hollaban sus pies, empapados con el rocío deslumbrador, y aun no secado por los ardores del mediodía, revelaban un espíritu familiarizado en la contemplacion de las bellas obras de la naturaleza. Y así era en efecto: porque á mas de haber desempeñado elevados cargos, tanto en la carrera eclesiástica como en la política, y de haber estudiado en el gran libro del mundo en sus viajes, ha-

bia tenido desde su juventud tanta inclinacion á las ciencias naturales, particularmente á la botánica, que su nombre era célebre entre los hijos de Lineo, y aun llegó á obtener el honor de que cuando los franceses desocuparon á Madrid, en atencion á sus grandes conocimientos y al empeño con que ayudó al célebre Mosiño, que era su amigo, en la formacion de la Flora Peruana, lo nombrase el gobierno director del gabinete de Historia natural. Habia sido diputado á cortes de Cádiz, despues ministro de justicia y negocios eclesiásticos de la república mejicana, y últimamente era canónigo de Mechoacan y senador en el congreso general por el Estado de Veracruz. El personaje de quien trato era el doctor don Pablo de la Llave.

Era presidente del senado y habia salido de la capital de Méjico; segun se supo despues, con conocimiento del gobierno y con el fin de impedir que llegasen á las manos los generales Bravo y Guerrero, armados el uno contra el otro á consecuencia del memorable plan de Montañó. Era el dia 8 de enero de 1828, y el doctor llegaba ya tarde, pues el dia anterior se habia decidido la suerte á favor del segundo. Aunque no se habian extendido por la comarca todos los permenores del suceso, se sabia lo bastante para que él conociese que su pre-

Album pintoresco. 36

sencia era ya inútil en Tulancingo, y determinó regresar aquella misma mañana á Méjico. Sin embargo no lo verificó, porque Julian (que así se llamaba su criado), se dió buena maña para desviarle de aquel propósito, como se verá por el siguiente diálogo.

Doctor. ¿Qué haces, hombre? ¿Adónde piensas que debemos dirigirnos?

Julian. ¿Pues no venimos á Tulancingo?

Doctor. Veníamos, pero ya no hay objeto.

Julian. ¡Qué bien se conoce que V. S. no ha estado nunca en este pueblo!

Doctor. Dices que es muy bello, y lo creo, porque desde la falda de este monte se descubre bastante para juzgar favorablemente de él; pero el objeto de mi viaje ha cesado ya. ¡Oh! ¿por qué no llegué un día antes? Acaso hubiera logrado impedir... si, lo hubiera logrado. Nunca... nunca debieron luchar... ¡Cómo han conseguido dividirlos!

Julian. No piense V. S. mas en esto, porque se volverá loco.

Doctor. Dices bien, Julian; pero por lo mismo que estos desgraciados sucesos son un manantial fecundo de tristes reflexiones, debemos alejarnos de este funesto teatro.

Julian. ¿Y juzga V. S., señor, poder alejar de su imaginación estos pensamientos volviendo á Méjico? Al contrario, los amigos de V. S., los señores diputados y senadores correrán á su casa para oír los pormenores de este suceso.

El doctor guardó silencio, vacilando sobre el partido que debía tomar, y el asustado criado, aprovechándose de estos momentos de incertidumbre y aguijoneado por el deseo de ir á Tulancingo para barse de ricas piñas, atacó al doctor por el flanco de herborizar que le conocía bastante, diciéndole:

Julian. ¿No era mejor que entrásemos en Tulancingo de incógnitos, y mientras que V. S. descansaba, saldría yo á informarme de algunos amigos que aquí tengo, sobre aquellos lugares mas retirados y amenos, en donde pudiese pasar algunos dias sin acordarse de la política y únicamente en compañía de sus queridas plantas? Inmediata está la sierra de Huauchinango, donde jamás se ve un árbol seco. También hay por allí hermosos rios que se precipitan de grandes alturas, y cerca tenemos la celebrada cascada de Regla.

Doctor. ¿Disto mucho de aquí Regla?

Julian. Cosa de seis leguas.

Doctor. ¿Has visto alguna vez la cascada?

Julian. Muchas; ¿y V. S. la ha visto?

Doctor. No.

Julian. Pues no debe perder esta ocasión hallándose tan cerca.

Doctor. ¿Y es preciso pasar por Tulancingo para ir allá?

Julian. Absolutamente no; pero es malo el camino que tenemos que andar, si cortamos desde aquí: por otra parte, los caballos necesitan algun descanso, y...

Doctor. Ya veo que es preciso darte gusto. Vamos á Tulancingo, y mañana al romper el alba saldremos para Regla.

El doctor se dejó conducir por su criado, el cual no cabía en sí de gozo mirando los logrados sus deseos de llevar á su amo á un lugar donde se prometía pasar ratos deliciosos.

El doctor por su parte veía disminuirse la repugnancia que tenía de entrar en Tulancingo, considerando que si hubiera regresado á Méjico sin cumplimentar al general Guerrero, se habría acaso notado

por los espíritus exaltados, y que su conducta se habría atribuido á decision por el partido caído, cosa que aun cuando así fuese no le convenia manifestar, habiendo emprendido su viaje con el carácter de mediador. No carecian de fundamento estas consideraciones; y así por ellas, como por lo natural que es el buscar motivos de aprobacion en nuestra conducta, se sintió al entrar en la poblacion menos disgustado de lo que antes temia.

El doctor fué á saludar al general vencedor, quien lo detuvo á comer, y no pudo desprenderse de su comitiva sino hasta muy entrada la noche. Julian halló en Tulancingo lo que deseaba. Visitó tres ó cuatro tabernas en compañía de sus amigos, y comió muchas y frescas piñas.

A la mañana siguiente se emprendió el viaje á Regla, que es un pequeño pueblo donde se halla una hacienda ó ingenio metalúrgico, perteneciente en la época á que me refiero á don Pedro Romero de Terres, conde de Regla y de Jala, y hoy por el fallecimiento de éste á su familia. Allí se benefician los ricos metales de las conocidas minas que posee esta en el Mineral del Monte, y que habiendo heredado el conde de sus antepasados y no pudiendo sufragar los cuantiosos gastos que requeria su laborio por los golpes que recibió la minería en la dilatada guerra de la Independencia, la cedió para su avio en 1824 bajo ciertas condiciones y por un tiempo determinado á una compañía inglesa, que es la que en la actualidad dirige la explotación.

Disto esta magnífica posesion veinte y cinco leguas al Norte de Méjico y cuatro de las minas, cuyos metales se benefician en ella por medio de las ingeniosas máquinas movidas por las aguas de la cascada. El doctor examinó con sumo placer el bosquecillo en donde se halla la famosa vertiente donde principalmente nace su caudal llamada, el *Ojo de agua de San Miguel*, distante como media legua de Regla, y en donde hay otro ingenio de beneficio.

Su corazon oprimido habria querido respirar por algunos dias el aire puro de aquel sitio encantador sin ser interrumpido mas que por el apacible murmullo del arroyo y por el manso ruido de los pomposos ailes (especie de sáuce), que vestidos siempre de las galas de la primavera, están invitando al viajero á reposar bajo su fresca sombra.

Mas fué necesario dejar aquella pintoresca escena para llegar á Regla antes de que el sol despidiese los rayos del Mediodía. Habrian andado la mitad del camino que hay de San Miguel á Regla, cuando Julian dió un grito de gozo.

—¿Qué has visto, le dijo el doctor, que tanto te alegra?

—¿Pues no me he de alegrar? le respondió el criado. ¿Vé V. S. aquellos carros que bajan de la loma que tenemos enfrente?

Doctor. Los veo; pero no sé por qué motivo te causen tanto alborozo.

Julian. Ha de saber V. S. que el que viene cuidándolos es un amigo mio, á quien he dejado de ver hace mas de dos años. Su padre vive, si es que no ha muerto, cerca de la hacienda: y todos sus antepasados han sido dependientes de los condes de Regla, y se han criado por estos contornos. Tendremos, pues, personas que nos den noticia de las particularidades mas interesantes de este lugar.

(Se continuará.)

CONCORDIA

ENTRE SEGOVIANOS Y AVILESES (1).

Reunidos allá en la corte
Segovianos y avileses
Para aunar los intereses
Del *ferro-carril* del Norte,
«Dése á la cuestion un corte»,
Dijo un avilés sutil.
—¿Cómo? preguntóle Gil.
—Fácilmente si no yerro;
Pase por Segovia el *ferro*
Y por Avila el *carril*.
Gil replicóle: ¡pues ya!
No diga vd. desatinos:
¿Por cual de los dos caminos
La *locomotora* irá?
Y el otro repuso: ¡vá!
¡Con lo que se viene ahora!
Hay cosas que nadie ignora,
Y vd. se atasca por poco:
Por Avila irá la *loco*,
Por Segovia la *motora*,
Otro punto hay que aclarar,
(Gil nuevamente repuso),
Los *telégrafos* al uso,
¿Quién los ha de costear?
—Vd. se empeña en tocar
Mas puntos que un bibliografo:
Pero yo siempre le chafo.
Sepa vd., señor pelele,
Que Segovia paga el *tele*
Y que Avila paga el *grafo*.
—Otra duda tocavia
Tiene vd. que resolver:
¿Por qué lado habrá que hacer
Mas *kilómetros* de via?
—Esa es una algarabía
Que yo, amigo, no penetro:
En medidas, ¡vade retro!
Cada cual tiene su estilo:
En Segovia se echa el *kilo*,
Y en Avila se usa el *metro*.
—Fuera del túnel famoso,
Repuso Gil, es mi apuro,
Que habrá que hacer, de seguro,
Un *terraplen* espantoso:
Y siendo, como es, costoso,
¿Quién se presta á hacerlo? ¿Quién?
—Ya se arreglará tambien,
Echando, sin que haya guerra,
Los segovianos el *terra*
Los avileses el *plen*.
—Sin embargo, desconfío
De que vd. pueda zanjar
El medio de fabricar
Un *viaducto* sobre el rio.
—Se hará, y tres mas, señor mio;
¡Pues aunque fuese un reducto
Cuanto mas siendo un conducto
Que sirve de travesía!
Si en Segovia hacen el *via*
En Avila harán el *ducto*.
—Segovia acepta, á fé mia,
Y en firmarlo no vacilo;
Hará *ferro. tele y kilo*,
Y *terra*, y *motora*, y *via*.
—Pues los de Avila á porfía
Juran por las once mil,
Cesar en su tono hostil,
Haciendo dentro de poco
El *metro*, el *grafo*, la *loco*.
El *ducto*, el *plen* y el *carril*.

(1) Se nos han remitido estos versos con una carta anónima en que se nos ruega les demos cabida en el *Album*; ignoramos por consiguiente su procedencia y el nombre del autor; pero pareciéndonos que no carecen de gracia y oportunidad, accedemos con gusto á las instancias del suscriptor, que no sabemos las razones que habrá tenido para omitir su firma.

CORO DE AVILESES Y SEGOVIANOS.

Ya se halla todo arreglado
Con suma imparcialidad,
Y lleva cada ciudad
La parte que le ha tocado.
Queda el túnel declarado
De comun uso y provecho;
Y aunque en razon y derecho
Ambas debiérano hacer,
En esto no hay que entender,
Pues viene de Londres hecho.

LOS PIRATAS DE CILICIA

(Año de Roma 675.)

(Conclusion.)

Sextilio lo miró con espantosa admiración.

—Pero soy joven todavía, continuó Julio, y espero doblar muy bien esta suma; de esto depende mi buen éxito.

—¿Hablas seriamente? preguntó Sextilio.

—¿Ignoras acaso, contestó César, que para ascender á los altos puestos se necesita ensanchar el círculo de su clientela, encontrar apoyo en la nobleza y en la plebe? Y para conseguirlo ¿qué medio mejor que las deudas? El dinero que tomo, prestado de los senadores me gana la amistad de los plebeyos y me asegura un doble voto en las elecciones, porque estos me acosan para que reconozca mis deudas, y aquellos por temor á sus créditos; ya ves, digno Sextilio, que también soy usurero como tú; pero con resolución y mas en grande. Tus usuras solo pueden proporcionarte hacerte dueño de algunas islas (1) en el campo de Marte, ó algunas posesiones en Campania, en tanto que yo con las mías puedo adquirir reinos.

—Sea enhorabuena, dijo el anciano; ¿pero ha olvidado César que es en Roma donde se distribuyen? Si quiere aprovecharse de la buena voluntad del pueblo y senadores, ¿por qué no hace las paces y se reconcilia con Sila, y por qué no busca medio para ocupar el segundo lugar cerca de él?

Nada contestó el joven romano, pero dirigiéndose al cartaginés que hasta entonces lo habia oído todo en silencio:

—Isidoro se acordará sin duda de aquel viejo pirata egipcio que me enseñó el otro día cerca del muelle de Coraceso? preguntó César.

—Lo recuerdo muy bien, respondió el prisionero.

—Su buque era una barca grande de mimbres revestida con pez y lodo, continuó Julio, unas esteras de papiro hacian las veces de vela, y su tripulacion consistia en unos pocos marineros.

—Es cierto, pero él mandaba en él como dueño absoluto, añadió el cartaginés.

—Tú lo has dicho, Isidoro, exclamó con viveza Julio, y por esto solo querria mas bien ser el viejo pirata egipcio, dueño absoluto de su batel, que joven romano sometido á la autoridad de Sila.

Todos los convidados se miraron asombrados: solo Isidoro pareció comprenderlo.

(1) Manzanas de casas.

—¡Ah! tú estás también persuadido que siendo segundo en autoridad es hacer el papel de la sombra, exclamó á su vez el prisionero, que no anda por sí misma: ella fluctúa vacilante, atrás ó hácia delante, siempre obligada á seguir al cuerpo. ¡Ah! ¡yo también como tú, César, no he querido tener mas dueño que mi albedrío! Tú raza mandaba la tierra, y yo me he refugiado en las ondas.

—Y esperas fundar en ellas una nueva Cartago, le preguntó Julio, haciendo llenar la copa del pirata.

Este le apuró de un solo sorbo, y en seguida enardecido con el licor de Lesbos, exclamó:

—¡Está ya fundada, César!

—¡Qué! ¿ese nido de fugitivos y bandidos? objetó el romano con desprecio: ¿tomas por república una coligacion de latrocinio?

—¿Y has echado tú en olvido el origen de Roma? replicó con viveza el corsario: ¿no conoces que abriendo nosotros un puerto de asilo contra vuestra tiranía, atraemos á nuestro partido á todos los valientes, á todos los desesperados? ¿Sabes, César, las fuerzas con que ya contamos? tenemos puertos fortificados y arsenales en Cilicia, en Grecia, en Siria, Egipto y en Sicilia: nuestros navíos que son novecientos están tripulados por veinte mil combatientes; el Tacro está lleno de ciudades, en donde en caso de algun revés de la suerte, podemos poner á cubierto nuestras familias y nuestros tesoros. ¿Empero de qué podemos temer? ¿Doscientas ciudades nos han abierto ya sus puertos, y las riquezas de vuestros templos han servido para dorar las proas de nuestros bageles; distraída y como sitiada por sus discordias y guerras civiles como la leona en los lazos que le ha tendido el cazador, Roma no se ha cuidado de lo que pasaba en la mar, y ésta la ha creado una rival!

—Bebamos, pues, y brindemos á la nueva reina de las aguas, dijo César obligándole aun á vaciar su patera, y cuántanos cuando sus hijos deben remontar el Tiber para sitiar el Capitolio.

No solo el Capitolio, sino la Italia entera, contestó Isidoro, exaltado mas y mas por el vino que habia bebido, porque muy pronto con el auxilio de nuestras galeras, en vano Roma esperará los granos de la Ancona, y el pueblo-rey, acosado por el hambre, tendrá como Midas que tragar oro en sus banquetes y aun para vivir.

Julio hizo un movimiento.

—¡Ah! ¿con qué ese es vuestro proyecto? dijo él con mas formalidad: ¿y crees tú que nuestras armas no podrán romper y desbaratar este cerco de hambre?

—Con tal que no estuviesen ocupadas en otra parte, César; pero mientras que nosotros atacaremos á Roma por mar, el rey del Ponto la invadirá por el Asia; repuesto ya de sus derrotas, ha reunido nuevos ejércitos: sus embajadores van de reino en reino difundiendo el odio y rencor contra el nombre romano; nosotros los hemos visto no ha muchos dias en Coraceso, y yo en persona me dirigia á dar á Mithridates la contestacion de los cilicianos.

Julio guardó silencio: las amenazadoras revelaciones del cartaginés le habian evidentemente conmovido; permaneció inmóvil y pensativo, mientras que los esclavos para reanimar la alegría hacian caer sobre los convidados un rocío de agua de verbena.

Envalentonado con el efecto que habia producido Isidoro, continuó declarando

todos sus proyectos y esperanzas: rebelándose Mithridates podrá forzar á Sila á que abandone á Roma, y su ausencia junto con el hambre deben hacer revivir todas las tempestades del Foro; á la guerra exterior deberá muy luego sobrevenir la intestina: á las derrotas del Ponto las victorias en Italia: se abrirá un nuevo campo para los turbulentos, los corruptores y ambiciosos: Roma va á asemejarse á una galera combatida por la tempestad, que mientras no se aplaca, se desconoce la autoridad del piloto, y todo marinero reclama el derecho del mando.

Conforme continuaba dando vado á su imaginacion se exaltaba mas y mas el entusiasmo del cartaginés: el odio fermentaba en su corazon con el rayo de la esperanza, semejante á la serpiente que reanima el calor del sol; su voz era enérgica, su gesto amenazador, y sus ojos arrojaban llamas; llamaba al combate á todos los enemigos de Roma, y los contaba á la manera de Homero: de antemano celebraba su victoria con la arrogancia de un bárbaro y la confianza que inspira el vino; infatuado enteramente y entregado á su passion habia olvidado su cautiverio, no se acordaba de que aquella era la última noche que se le habia concedido, y continuaba entonando el himno de la victoria sin advertir que las antorchas del banquete iban palideciendo, y que ya los primeros albores del día se deslizaban entre las columnas de cedro.

Julio volvió por fin en sí de su enagenamiento, mira hácia la ventana del triclinio, se pone en pie y dice:

—¡Ya es de día!

Esta palabra fué para el pirata la aguda flecha que hiere la águila atravesando las nubes; detenido precipitadamente en medio de su entusiasmo cayó desde la elevacion de sus ensueños en la profundidad de la realidad; empero reponiéndose inmediatamente levantó la copa que aun estaba media llena:

—¡Que sea esto dia para César, dijo con fiera sonrisa, para Isidoro la noche! á esta pues consagro este postrer brindis, y á la muerte, su hermana, esta última ofrenda:

Apura la patera, se quita la guirnalda que coronaba su frente y la pone en la del esqueleto.

Los convidados se habian levantado de la mesa, los esclavos les traen las sandalias, y todos avanzan hasta el puente del navío.

El inflamado oriente despedía ráfagas de luz y llamas que teñían de púrpura las sossegadas olas: impelidos los tres navíos por un viento favorable avanzaban casi de frente y tan cerca unos de otros que podian distinguirse los pilotos y los remeros. Al pie del palo mayor del Loto se hallaban varios grupos de marineros con los cordeles destinados para el suplicio de los piratas.

Isidoro, que todavía conservaba la túnica blanca del festin, se adelantó hácia ellos con paso firme y seguro, y presentando el cuello al funesto nudo:

—Que el poderoso Mithra vele sobre los cilicianos, exclamó elevando las manos hácia el sol, haga que se cumplan mis deseos; y permita que pasen con mi último aliento al corazon del mas digno de llevarlos á cabo!

—Segun eso, dijo César que lo miraba atentamente ¿era obra tuya el plan de guerra contra Roma?

—Si, Julio, respondió el pirata con desembarazo.

—¿Y también lo es que gracias á tus sugerencias y celo los piratas de todas las naciones se han unido para no componer mas que un solo pueblo, han fortificado sus puertos, levantando torres, y construido arsenales?

—Gracias á mí, repitió el sentenciado con fiereza.

—¿Y eres tú el que ha hecho que aceptasen la alianza con Mitridates, y emprendan la lucha contra el pueblo romano?

—Tú lo has dicho, César.

—¿Y si al presente el acaso te volviese la libertad, no abandonarías la trama tan penosamente comenzada?

—¡La continuaría como el tejedor que prosigue la tela, tomando el hilo donde lo dejó, Julio!

César se aproximó á él:

—Prosiguela pues, Isidoro, exclamó: lleva hasta el cabo tus atrevidos proyectos; no se diga jamás que César ha muerto los polluelos del águila en el nido: que remonten el vuelo! ya los encontraremos cuando hayan crecido.

Diciendo esto hizo una señal que repitió el piloto del *Loto*; los tres navios amainaron velas y en seguida se aproximaron.

Isidoro y los amigos de César estaban igualmente sorprendidos. El primero mi-

raba al joven romano con perplejidad, porque no podía dar crédito á lo que oía: los segundos con inquietud porque no podían creerlo: empero César manda volver la libertad á los piratas, y hace que pasen con Isidoro á bordo de la galera ciliciana; en seguida se volvió hacia Sextilio, y señalándole el *Didimo*:

—Te habia prometido un rescacimiento, honrado pretor, le dijo: todos los despojos de los corsarios se han pasado á bordo del navio bitiniano: los renuncio, te los cedo: ve pues á posesionarte de ellos y apresurate de hacerte á la vela para Italia; desde ahora tienes asegurada tu inocencia, porque llevas con que comprar al pueblo y al senado.

El pretor en un principio dudó, después quiso dar las gracias, mas Julio le gritó que se diese prisa, y Sextilio temiendo algun cambio de resolucion se lanzó dentro del *Didimo*.

Las dos galeras se hicieron á la vela en un momento, y se apartaron para dar paso al *Loto* que todavía no habia emprendido su marcha. César saludó sucesivamente á Isidoro y Sextilio, y después meneando la cabeza:

—Id, murmuró, ó navios de buen agüero; tal vez llevais en vuestros costados la fortuna de César; dos divinidades os guían,

la avaricia y el odio: quieran las dos sembrar sus cosechas y que Roma se conmueva hasta sus cimientos! Cuando el cielo está cerca de desplomarse es cuando se busca un Atlas que lo sostenga.

Y reparando en sus amigos que siempre estáticos y mudos de admiracion miraban á los dos navios que se alejaban á toda vela:

—Ya lo veis, añadió César en alta voz, el viento les es igualmente favorable: el uno se dirige en pos de las riquezas, el otro á prepararse para la lid.....

—Y nosotros, César, preguntó Lelio, ¿á donde quieres conducirnos?

El joven romano levantó la cabeza, y volviendo á tomar el tono de indiferencia desdeñosa que le era genial:

—Nosotros, Lelio, respondió, vamos á Rodas á oír las lecciones del filósofo Apolonio Molon.

—Cuando la guerra va á estallar por todas partes, exclamó Lelio ¿que quieres pues que nos enseñe?

—A esperar!

JAVIER DE ASED.

MADRID, 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO, calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

AVISO A LOS SUSCRITORES.

Se ha repartido hasta la entrega 8.^a del DICCIONARIO NACIONAL, ó Gran Diccionario clásico de la lengua española por Domínguez y seguirán las demas á cuatro por semana con tal puntualidad que la obra quedará terminada en poco mas de cinco meses sin falta alguna no obstante que consta de 500 pliegos de impresion en gran folio. Cada entrega tiene 64 columnas y su precio es un real en Madrid, y real y medio en provincia.

También se ha repartido en Madrid, y se está remitiendo á provincia el tomo segundo y último del COMPENDIO del mismo

DICCIONARIO NACIONAL ofrecido como regalo á los que se suscribieron á la *Biblioteca Española*, y adelantaron el importe de 40 entregas en el plazo señalado en el prospecto. Aunque la conclusion de esta obra se ha diferido mas de lo que creimos estamos seguros de que los suscritores no perdonarán el retraso en gracia de su mérito pues sin temor de ser desmentidos podemos asegurar que es el Diccionario manual mas completo que existe, y un verdadero obsequio para los que nos favorecieron al principio en nuestra empresa.

OBRAS EN PUBLICACION.

PRIMERA SECCION.

REPARTIENDOSE. *Historia de Cien Años* por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

Viage Ilustrado en las cinco partes del mundo: resumen escogido de todas las relaciones de viage publicadas hasta el dia. Edicion de gran lujo con mas de 800 grabados. Se reparte una entrega por semana.

EN PRENSA. *Anales del reinado de doña Isabel II*, por don F. Javier de Burgos, edicion de gran lujo con magníficos retratos y biografías aparte del testo. Se repartirán cuatro entregas por semana.

Historia de los partidos, y de la última guerra civil, por don Antonio Pirala, enriquecida con multitud de documentos inéditos, é ilustrada con retratos y mapas.

Compendio de la Historia Universal por César Cantú, sacado de la última edicion italiana por don Salvador Costanzo.

SEGUNDA SECCION.

REPARTIENDOSE. *Diccionario Universal Francés-Español* y viceversa, por Domínguez; segunda edicion en dos tomos, considerablemente corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

Diccionario Nacional ó gran diccionario clásico de la lengua española, por Domínguez. Quinta edicion con un suplemen-

to, en el que se han añadido muchos miles de voces. Se reparten cuatro entregas por semana.

EN PRENSA. *Diccionario Latino-Español* por Valbuena, corregido y adicionado por el presbítero don Saturnino Perez Vitacarros.

Diccionario Italiano-Español por don Salvador Costanzo.

TERCERA SECCION.

REPARTIENDOSE. *Cristóbal Colon*, novela por Fenimore Cooper con grabados. Se reparte una entrega por semana.

EN PRENSA. Las mejores novelas de Alejandro Dumas, Cooper, Soulié, Walter Scot, Paul de Kock, etc.

CUARTA SECCION.

Cien Tratados sobre todos los conocimientos humanos. Edicion esmerada con mas de 900 grabados. Se repartirán cuatro entregas por semana.

EN PRENSA. *Oficios de la Iglesia*, con la esplicacion de las ceremonias de la Santa Misa, etc. Magnífico libro de rezos con 80 láminas aparte del testo.

El Universo ó las Obras de Dios, tratados completos de historia natural, segun los trabajos de Cuvier, Jussieu, Haüy y otros célebres naturalistas. Edicion de gran lujo con 2,500 grabados enteramente nuevos y no publicados en ninguna obra ni nacional ni estrangera.